ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

INGENIOSA CARIDAD.

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL DIAZ DE ARCAYA.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA.
1886.

INGENIOSA CARIDAD.

INGENIOSA CARIDAD.

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL DIAZ DE ARCAYA.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Principal de Zaragoza, en la noche del 23 de Noviembre de 1886.

VALLADOLID.
Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodriguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.
1886.

PERSONAJES.

BARONESA.	MADRE DE
ENRIQUE.	VOLUNTARIO DE MINA.
MATEO CONDE DE.	
FERNANDO.	DUEÑO DE LA CASA.
TOMAS..	AMIGO DE FERNANDO.
ANDRÉS.	ID.
PEDRO..	CRIADO.
OTROS CRIADOS ARMADOS. .	

La escena en una casa de campo de los alrededores de Vitoria en 21 de Junio de 1813.

ACTO ÚNICO.

Sala con puerta en el fondo y dos laterales. En primer término á la izquierda ventana y á la derecha otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO.—FERNANDO.

FERNANDO. ¡Pedro, Pedro! Es necesario (Llamando en la puerta del fondo.)
en circunstancias como estas,
tener mucha precaucion
y valor á toda prueba.
PEDRO. ¿Llamabais, Señor? (Saliendo del fondo.)
FERNANDO. Si Pedro:
ven un poquito mas cerca: (Se acerca Pedro.)
fijate bien; y no olvides
ni una de mis advertencias.
No te olvides que esta casa,
por estar en la afueras
de Vitoria, favorece
nuestros planes, pero es fuerza
tener el ojo avizor, (Señalando al ojo con el índice.)
porque esto mismo no sea
fatal; pues que los franceses
todo lo corren y observan.
PEDRO. Estad tranquilo, Señor:

mas decidme ¿y si sospechan
los gabachos lo que hacemos?
entonces..... ¡pun! (Hace que dispara un fusil.)

FERNANDO. Nada temas.
Tomás y Andrés son muy duchos
y conocen bien las tretas
del enemigo.

PEDRO. ¡Ay Señor!

FERNANDO. ¿Temes?

PEDRO. No; mas me amedrenta
el contemplar nuestro fin, (Hace ademan de cortarse el cuello.)
si esas gentes olfatean
que aquí nos entretenemos
en salvar á los que llegan
prisioneros al depósito.

FERNANDO. ¡Cobarde! ¿y si en tales cuerdas
fueses con los desgraciados,
que sujetos con cadenas
llenos de harapos, hambrientos
pasan á lejanas tierras
por medio de sus hermanos.....

PEDRO. Basta, Señor, me avergüenza
solo el haberlo pensado:
perdonadme mi flaqueza.
Aquí estoy á todo.

FERNANDO. Bien:
así me gusta; las puertas
has de abrirlas solo tu:
¿lo entiendes? Que nadie sepa
ni quien viene, ni quien sale:
tus hermanos, que en las cuevas
que rodean á la casa
se oculten con gran cautela,
y cargados los fusiles
estén, por si acaso, alerta.
Vete pues, y vigilancia:
ya sabes el santo y seña. (Vase Pedro por la derecha.)
¡Vive Cristo! hoy no es buen dia
sino salvo á una docena.

ESCENA II.

FERNANDO.

FERNANDO. ¡Pobre pátria! Ya cinco años
que las vencedoras masas
con ardides ocuparon
tus llanos, riscos y playas.
¡Cinco años ha que peleas
por tu independencia santa,
hace cinco años que vences
y eres vencedora esclava!
Á tí, que altiva has tenido
para Roma una Numancia,
para Cartago un Sagunto,
y frente á frente á la espada
del grande Napoleon
un Zaragoza, aun te arrancan
tus hijos, á quien el plomo
robó del brazo la lanza;
y que á montones, desnudos,
cual si fuesen brutas jaurias
cruzan por el pátrio suelo
pregonando su desgracia,
y entre yerro y bayonetas
son conducidos á Francia.
Pero descuida, tirano, (Yendo á la ventana.)
descuida; que de tu fama
el sol toca ya á su ocaso.
Lord Wellington está en Álava:
el audaz Mina te acecha
en la frontera Navarra.
¡Ay de tí! si un solo instante
perdieras: quizá mañana
tu grandeza halle su tumba
entre estas pobres montañas.

ESCENA III.

FERNANDO.—BARONESA.

FERNANDO. Quizá esta plácida aurora....
BARONESA. Buenos dias tenga usté (Saliendo por la izquierda.)
FERNANDO. Muy buenos: pero ¿por qué
madrugais tanto, señora?
BARONESA. ¿Madrugar? no, D. Fernando,
para el alma que padece,
la noche, aunque acorte crece,
porque se duerme soñando;
y el camino del azar
es tan largo de seguir,
que el llegarlo á concluir
es volverlo á comenzar.
FERNANDO. Confiad; no mas taladre
vuestra alma ese afan prolijo.
BARONESA. Cuando se trata de un hijo,
¿que quereis que haga una madre?
FERNANDO. No temais; que si la suerte
adversa le hubiera sido.....
BARONESA. ¡Virgen!
FERNANDO. Lo hubierais sabido,
nunca se oculta la muerte.
BARONESA. Siete meses hace ya
sin noticias de él siquiera.
FERNANDO. Si hace seis sois prisionera
¿cómo saber donde está?
Olvidais ¡voto á Luzbel!
BARONESA. Es verdad; teneis razon;
hasta olvido mi prision
de tanto pensar en él.
FERNANDO. No recordeis lo pasado,
que ya teneis libertad.
BARONESA. Gracias á la caridad
vuestra, que me ha libertado.
¿Y habeis salvado ya muchos?
FERNANDO. Con vos van setenta y seis.
BARONESA. Por Dios no os descuideis.
FERNANDO. Tomás y Andrés son muy duchos.

Por lo demás la jugada
es tan fácil como fija,
es cuestion de una vasija,
y la partida ganada.
Ya conoceis la prision,
y ya sabeis que á la pnerta
hay guardándola y alerta
soldados de Napoleon.
Como consienten llevar
á los presos de comer,
algunos suelen meter
dos vasijas al entrar;
y luego al salir, sin mas,
sin dificultad ninguna:
el que entró saca la una
y el preso la otra detrás.
Caen los guardas carceleros
en la red incautamente,
porque acude mucha gente
á ver á los prisioneros,
y habeis palpado por vos,
que, sin que nada se tema,
se resuelve así el problema
de entrar uno y salir dos.

BARONESA. Os confieso que es mañosa
y bien urdida la trama.

FERNANDO. Siempre tuvo mucha fama
la caridad de ingeniosa.
Fuera ya el preso aquí viene,
y este hogar da lo que veis:
que no dé mas no estrañeis
señora, porque no tiene.

BARONESA. Jamás daré yo al olvido
lo que habeis hecho por mí.

FERNANDO. Cuanto mas esteis aquí
estaré mas complacido.
Permitidme ahora salir
que ya nace la alborada,
y hay que vigilar la entrada
por lo que pueda ocurrir.

(Vanse Fernando por la puerta del fondo y la Baronesa por la izquierda.)

ESCENA IV.

PEDRO. (Sale por la derecha.)

PEDRO. Ya están cumplidas las órdenes:
todo está á pedir de boca
menos yo, que francamente
no sirvo para estas cosas.
¿Quien le mete á mi Señor
á lo que nada le importa?
¡Ay Señor, Señor, Señor!
¡vais á armar una camorra!....
Si lo huelen los franceses
¡uff! vá á haber aquí la gorda.
Dicen *por la caridad*
entra la peste, y no es floja
la que aquí se vá á colar.
Este hombre no reflexiona;
les roba los prisioneros,
los trae á su casa y ¡corra!
él se queda tan tranquilo
como si nada: ¡Ay Bartola!
vas á quedar sin Pedrito
entre tanta trapisonda.
Mas voy; que si viene el amo,
que anda de una parte á otra,
y me vé sin hacer nada
de seguro se alborota. (Se dirige á la puerta del fondo.)

ESCENA V.

PEDRO.—FERNANDO.—TOMÁS.—ANDRÉS.
ENRIQUE.

FERNANDO. ¡Pedro! (Desde dentro.)
PEDRO. ¡Señor!
FERNANDO. ¿Donde estás? (Saliendo por el fondo.)
anda listo; abre la puerta;
que vienen Tomás y Andrés

con otro infeliz. Comienza
(Vase Pedro por el fondo.)
bien el dia; es necesario
no haya un momento de tregua.
Hoy sesenta mil franceses
ocupan toda esta vega;
nuestros soldados coronan
las próximas cordilleras:
si hay un choque ¡Dios les salve!:
¡pobres de los que aun quedan
en el depósito!

TOMÁS. Entrad.
(A Enrique entrando con este y Andrés por el fondo.)

FERNANDO. Pasad, si no os molesta: (A Enrique.)
vosotros volved aprisa, (A Tomás y Andrés.)
que un momento no se pierda.
(Vanse por el fondo Tomás y Andrés.)

ENRIQUE. Gracias. señor, ¿sereis vos
el que ha roto las cadenas
de mi prision?

FERNANDO. Somos muchos
y como Dios siempre vela.....

ENRIQUE. Êl bendiga vuestra casa,
y la Vírgen de mi tierra
os asista.

FERNANDO. Como á vos.
¿sois de muy lejos?

ENRIQUE. De cerca:
aragonés.

FERNANDO. Esa mano

ENRIQUE. ¿Tambien es la pátria vuestra
Aragon?

FERNANDO. No tal: soy vasco,
pero admiro la grandeza
de ese pueblo, que nacido
allá en San Juan de la Peña,
llenó la historia de España,
teniendo el Pilar por lema,
por cuna la libertad,
la muerte por recompensa.

ENRIQUE. Gracias, gracias, noble vasco:
tambien al pié de estas sierras

habeis reñido mil veces
ensangrentadas peleas
por la pátria y libertad:
tambien dentro de estas crestas
hay valientes, que arrollando
las legiones estrangeras,
de sus hermanos cautivos
saben romper las cadenas.

FERNANDO. Zaragoza es invencible.

ENRIQUE. Vitoria cortó las riendas
del coche, en que el rey Fernando,
siervo de infames promesas,
iba prisionero á Francia.

FERNANDO. Decis bien: mas tal proeza
nació al calor de los hechos
de Aragon, donde se ceban
inhumanos los franceses,
y al querer domarlo, encuentran
cadáveres por murallas
navajas por bayonetas.

ENRIQUE. Cumple Aragon como bueno.

FERNANDO. Cumple con su historia añeja:
dando, en glorioso tributo,
mártires para la iglesia,
Lanuzas para sus fueros,
héroes á su independencia.

ENRIQUE. ¡Vive Dios, que me complace
oiros!

FERNANDO. Seria mengua
no admirar tanto heroismo:
mas demos á esto una tregua,
y decidme: ¿habeis tenido
muchos choques?

ENRIQUE. Por mi cuenta
tantos choques cuantos dias
las huestes que nos asedian,
permiten darles alcance.
Mina, incansable en la guerra,
mientras hay un enemigo,
ni descansa ni sosiega.

FERNANDO. ¿Os sentireis fatigado?

ENRIQUE. Hoy mi libertad aleja

los pesares de mi alma.

FERNANDO. ¡Sufristeis tan ruda prueba!....

ENRIQUE. Sois mi salvador.

FERNANDO. Amigo.

ENRIQUE. Y yo el vuestro muy de veras.

FERNANDO. ¿Sois prisionero hace mucho?

ENRIQUE. Lo soy desde la pelea,
que tuvimos en Navarra
seis messs ha.

FERNANDO. Larga fecha
de prision.

ENRIQUE. Decis verdad:
larga para quien anhela
al lado de sus hermanos
correr la suerte, que quepa (Aparece la Baronesa por la izquierda.)
á los suyos; y mas larga
para las madres que rezan
por sus hijos. ¡Madre mia!

BARONESA. ¡Hijo! (Abalanzándose á él.)

ENRIQUE. ¡Dios! (Sorprendido al reconocerla.)

FERNANDO. ¡La Providencia! (Señalando á Enrique y la Baronesa que se han abrazado.)

(Breve pausa; Madre é hijo lloran de gozo y Fernando les contempla satisfecho.)

ESCENA VI.

BARONESA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

BARONESA. Enrique del alma, dí,
dime; ¿que te ha sucedido?

ENRIQUE. Y á vos madre, ¿como ha sido
el encontraros yo aquí?

BARONESA. Que D. Fernando á los dos
hoy nos salva. Perdonad (A Fernando.)
que con la felicidad
me he olvidado de vos.

FERNANDO. Si de olvido tan preciado
fuí yo la causa, señora,
bendita sea la hora

en que me habeis olvidado.

BARONESA. Enrique, voy á contarte
lo mucho que yo le debo.

FERNANDO. En tal asunto yo llevo,
señora, la mejor parte.

BARONESA. En este dichoso dia
poneis fin á mi calvario.

FERNANDO. Y de mi casa el santuario
haceis vos de la alegria.

BARONESA. Alma tan noble teneis,
que cuando el bien prodigais,
ni aun siquiera calculais
cuanto vale lo que haceis.

ENRIQUE. Sois muy bondadoso.

FERNANDO. No:
me complace el bien ageno.

BARONESA. Si, hijo mio, si; es muy bueno:
sin él fuera esclava yo.

ENRIQUE. ¡Prisionera! ¿Pero donde?

BARONESA. Los franceses.

ENRIQUE. ¡Miserables!

BARONESA. No son ellos los culpables;
el culpable ha sido el Conde

ENRIQUE. ¡Villano!

BARONESA. Siempre fué igual.

ENRIQUE. Que le guarde su destino
de cruzarlo en mi camino.

BARONESA. No; que es el genio del mal.
Nos juró guerra y rencores,
y con astucia ladina
que eras soldado de Mina
reveló á los invasores;
y me prendieron; y cuando
nos arrancaban de España,
al cruzar esta montaña,
me libertó D. Fernando;
que ha trocado en mil venturas
de mi prision los desvelos;
¡siempre Dios nos dá consuelos
detrás de las amarguras!

ENRIQUE. También mi sino fué aciago,
y el fué mi angel tutelar.

BARONESA. ¿Como le hemos de pagar?....
FERNANDO. El bien en sí lleva el pago;
que el poderos devolver
la dicha en mi pobre casa
es recompensa sin tasa
á lo que yo pude hacer.
ENRIQUE. Un hermano para mí
sereis:
FERNANDO. En ello confio.
BARONESA. Cuéntanos ahora, hijo mio
lo que te ha ocurrido á tí.
ENRIQUE. Si tal; que en estos momentos,
en que todo me sonrie,
es justo que os confie
mis dichas y sufrimientos.

(Breve pausa; todos se adelantan quedando Enrique entre la Baronesa y Fernando.)

ENRIQUE. De casa un dia marché
del pátrio entusiasmo en alas;
ódio al invasor juré,
y con Mina me alisté
sin miedo alguno á las balas.
Supo el audaz guerrillero,
siempre cruzando pendientes,
siempre en calcular certero,
y á luchar siempre el primero,
transformarnos en valientes.
Las dotes, que en él lucian,
tal valor nos inspiraban,
que los franceses sabian
las derrotas que sufrian
por las veces que luchaban.
Era una tarde glacial
de encapotado celaje:
y era el sitio un carrascal
que daba tosco sayal
al solitario paisaje.
Hay colinas muy pendientes,
y entre ellas barrancos hondos;
y mucha agua en las vertientes,
que en torbellino, á torrentes
va á perderse allá en los fondos.

Cerro en formas colosales
por delante, y á sus piés
un rio entre peñascales,
y encima de sus caudales
puente tendido al través.
De enemigos está hirviendo
de alto á bajo la colina;
otros el puente ciñendo,
y á mi lado sonriendo
contempla el alarde Mina.
Suena un tiro, y en momentos
cien mil mas y gritería,
clarines, voces, lamentos,
relinchos, ayes, y acentos
forman guerrera armonía;
Truena el cañon, que potente
zumba ronco en el collado,
y, á su rugir, nuestra gente
ébria llega, pasa el puente
y embiste del otro lado:
Y el plomo mil vidas tala
de aquel monte en los estribos,
mas ¿que importan fuego y bala?
¡los muertos sirven de escala
para que suban los vivos!
Y entre el francés, que se espanta
y se confunde y aterra,
Mina empuja y adelanta
hasta que pone su planta
en la cima de la sierra.
La noche allí nos sorprende
mezclado uno y otro bando;
la espada los aires hiende,
y mas la saña se enciende
cuerpo á cuerpo batallando.
Cruza un trofeo francés;
salto, lucho, y venzo yo:
cae el soldado á mis piés,
silba una bala, y después....
yo no sé lo que pasó.

BARONESA. ¡Cielo santo!
FERNANDO. ¡Acaso herido!

ENRIQUE. El plomo llegó enfriado:
caí á tierra sin sentido,
y al despertar aterido
la noche habia cerrado.
El cielo estaba sereno:
hermosa luna plateada
de nácar pinta el terreno:
y el silencio de aquel seno
solo turba la cascada.
Vacilante me levanto,
y al fulgor pálido veo
en derredor con espanto
muchos muertos, y entre tanto
á mis piés el del trofeo,
Huir en pasos inciertos
quiso mi fogoso brio,
mas al huir, otros muertos
y miembros y rostros yertos
enloquecen mi albedrío,
Y á la luz, que temerosa
pinta sombras y misterio,
trueca mi mente ardorosa
cada tronco en una fosa,
la montaña en cementerio.
Y con la sangre, que brota
de ml herida lentamente
y el vértigo que me acota,
al fin mi mente se embota
y caigo al suelo inconsciente.
BARONESA. ¡Hijo!
ENRIQUE. ¡Despues de tal duelo
la prision y soledad!
¡Cuantas horas sin consuelo!
hasta hoy, que me vuelve el cielo
mi madre y mi libertad.
BARONESA. ¿Y estás bien!
ENRIQUE. Restablecido.
BARONESA. ¿Y la herida?
ENRIQUE. Ya cerrada.
BARONESA. ¿Y el vértigo?
ENRIQUE. No fué nada,
efecto de haber perdido

mucha sangre.

FERNANDO. Desconciertos pasageros, fugitivos.

ENRIQUE. De quien no teme á los vivos (Con altivez.) pero respeta á los muertos.

FERNANDO. Ahora á descansar. (A Enrique.)

ENRIQUE. Me place.

BARONESA. Si hijo mio.

ENRIQUE. Y tambien vos. (A la Baronesa.)

BARONESA. Yo no; á bendecir á Dios
por lo feliz que me hace.

(Vase la Baronesa por la izquierda y Enrique y Fernando por la derecha.)

ESCENA VII.

PEDRO.—FERNANDO.

(Pedro entra por el fondo con las llaves de la casa)

PEDRO. Creí que nunca llegaba:
¡Jesús! vengo sin aliento:
si lo he dicho yo mil veces,
¿que ha de suceder? ¡Ay Pedro!
tu entiendes poco de letras,
pero lo que es aquí dentro (Señalando la frente.)
tu lo ves todo muy claro,
y el primer dia tenemos (Fernando se asoma por la puerta derecha.)
la de Dios es....

FERNANDO. ¿Que te ocurre?

PEDRO. ¡Ay Señor, Señor!

FERNANDO. ¿Que es eso?

PEDRO. Por los clavos de Jesús!

FERNANDO. ¿Qué?

PEDRO. ¡Señor!

FERNANDO. ¿Ya tienes miedo?

PEDRO. Yo no lo sé señor amo;
pero sí sé que no tengo
piernas ya para correr,
desde ese fatal encuentro
que he tenido hace muy poco.

FERNANDO. ¿Donde?

PEDRO. Va V. á saberlo:
Cuando salieron de aquí
de dejar al que trajeron
D. Tomás y Andrés, bajé
á cerrar la puerta; pero
como hay moros en la costa,
es decir, soldados nuestros
ya muy cerca, segun dicen,
salí por los vericuetos
hácia Vitoria, por ver
si sabia yo algo de eso
que dicen que va á ocurrir,
para en caso de ser cierto
estar al cuidado aquí;
y en la arboleda al efecto
me escondí; mas ¡cátate!
que cuando menos lo pienso
veo cuatro francesotes,
con unos gorros de pelo
gordos, muy altos, muy altos
y que venian corriendo
hácia mí, y los cuatro armados,
¡Santo Cristo de La Seo!
echo á correr y ellos gritan;
corro más y corren ellos;
y venía medio loco
dando porrazos y vuelcos,
cuando al llegar á la zanja,
que está al lado de ese huerto,
me tropiezo y ¡pun! abajo,
y los gabachos muy perros
detrás gritando ¡Musiu!
¡Ay! cuando he pasado el cerco (Respirando.)
de la casa. ¡Virgen Santa!

FERNANDO. ¡Babieca!

PEDRO. ¡Si!

FERNANDO. ¡Calla necio!
si te hubiesen perseguido
¿no te hubieran hecho fuego?

PEDRO. ¡Señor!

FERNANDO. ¡No sirves de nada!

PEDRO. ¡Pero Señor!
FERNANDO. ¡A tu puesto!
(Vanse por el fondo Fernando y Pedro.)

ESCENA VIII.

BARONESA.

(Saliendo por la izquierda.)

BARONESA. La Providencia bendigo
que á mi lado le envió:
¿que puedo ambicionar yo
mas que tenerle conmigo?
Le veré, que quiero hacerle
saber cuanto yo he llorado:
¡tantas horas han pasado
sin haber podido verle!
Breve ha de ser la visita,
que con molestarle lucho:
ha sufrido el pobre mucho
y descansar necesita. (Vase derecha.)

ESCENA IX.

TOMÁS.—ANDRÉS.—MATEO, despues FERNANDO.

(Saliendo por el fondo.)

TOMÁS. Pasad; pasad sin cuidado:
ya no hay temor de que puedan
vernos.
MATEO. ¿Y habeis libertado
á muchos?
TOMÁS. Unos ochenta
como á vos exactamente.
MATEO. Es buen medio.
TOMÁS. Buena idea,
un poco peligrosilla;
pero ¡bah!
MATEO. ¿Y aquí se encuentra
la señora que deciais?
TOMÁS. Sí, señor, si; y es muy buena.

MATEO. ¿No sabeis su nombre?
TOMÁS. No;
lo he preguutado.....
MATEO. ¿Y sus señas?
TOMÁS. Es así; ni alta, ni baja,
ojos vivos, tez morena:
debe ser una señora
principal.
MATEO. (No hay duda; es ella:
no ha faltado en el depósito
otra mujer) ¿Y ahora?
TOMÁS. Reza
ó llora; así pasa el dia.
FERNANDO. Entraste sin que te viera. (A Tomás saliendo fondo.)
Buenos dias. (A Mateo.)
TOMÁS. Es el dueño
de la casa, y el que lleva
la mision de dirigirnos
en la empresa.
MATEO. Muy bien: sea
bien venido, caballero,
y reciba V. la muestra
de gratitud.....
FERNANDO. En buen hora
mas no merece la pena,
porque á poco sacrificio
esto mismo hace cualquiera.
Tomás vé que el tiempo es oro.
TOMÁS. No lo olvido; hasta la vuelta (Vase por el fondo.)
FERNANDO. Aquí estais cuanto os plazca,
que aunque la casa es pequeña,
siempre hay lugar para aquellos,
que van en horribles cuerdas
á suelo estraño.
MATEO. Mil gracias
(su lealtad encadena,
pero no hay remedio, no;
esta es la ocasion y es fuerza....)
FERNANDO. ¿Decís?
MATEO. No; nada, pensaba
en que os debo....
FERNANDO. ¡Bagatela!

y si el asunto valiese
mas, tiene la Providencia
muy buena memoria....

MATEO. (¡Es cierto!) (Con terror.)

EERNANDO. Y halla siempre recompensa
el que cumple sus deberes.

MATEO. Sois creyente.

FERNANDO. Hasta la fecha
aprendí que tal sucede;
mas dejaos de esto, y mientras
estoy por ahí á la mira,
descansad un poco ¡buena
falta tendreis de ello! Soy
pronto con vos. (Vase por el fondo.)

MATEO. ¡Bien empieza!

ESCENA X.

MATEO.

MATEO. No hay medio; llegó la hora
de saldar mi cuenta aciaga,
para que yo satisfaga
esta sed que me devora.
Ella prisionera mia,
sus destinos hoy yo rijo:
haré que traiga á su hijo
y ¡ay de su hijo en aquel dia!
Un siglo hace, que fatal
vengativo é inclemente
entre su gente y mi gente
se agita el génio del mal.
Ayer, por añeja historia,
su padre mató á mi padre;
hoy, á Dios ó al diablo cuadre,
he de vengar su memoria.
El propio ambiente aspirando,
en propio suelo viviendo,
propios fines persiguiendo,
propios triunfos alcanzando,
no puede ser; á mi amaño

es forzoso que sucumba,
y halle sepulcro en su tumba
esta discordia de antaño.
(Sale por la izquierda la Baronesa y pasa por detrás de Mateo.)

ESCENA XI.

BARONESA.-MATEO despues ENRIQUE y FERNANDO

BARONESA (¡Hijo mio! ¡que sorpresa!) (Aparte.)
Otro prisionero aquí (A estas palabras se vuelve Mateo.)
¡Santo cielo! ¡El Conde!
MATEO. Si:
El Conde y la Baronesa.
El conde si, que aun alienta
y nunca os pierde de vista
provocando esta entrevista,
para saldar una cuenta;
cuenta, cuya história esquivo,
y brecha en mi pecho ha abierto;
cuenta, en que se cruza un muerto
y que ha de saldar un vivo.
BARONESA. Sois digno de vuestra fama:
si vos fuerais caballero,
nunca ese tono altanero
usarais con una dama.
En vano vuestra maldad
nada pretender intente:
hay, mientras mi pecho aliente,
entre ambos la inmensidad.
MATEO. Calmaos, y no olvideis
que es difícil la salida:
soy dueño de vuestra vida.
BARONESA. ¿Que decís?
MATEO. No lo dudeis.
Yo nada quiero de vos,
pero sí de vos exijo
que venga aquí vuestro hijo
y saldaremos los dos.
Vos, que sabeis donde está,
recordad lo que os digo:

ó el aquí se vé conmigo
ó jamás le vereis ya.

BARONESA. Con farsa muy mal tramada
vos pretendeis explotar
la timidez peculiar
de toda mujer honrada.
Y ofuscado en la vileza
olvidais, que una mujer,
cuando se cruza el deber,
pisotea su flaqueza:
y si es madre, contra aquel,
que pretende á su hijo herir,
leona sabe combatir
y mártir morir por él.

MATEO. ¡Vuestro hijo aquí!

BARONESA. ¡Nunca! ¡No!

MATEO. Ved que jugais vuestra suerte.
Seguidme.

BARONESA. No ¡antes la muerte!

MATEO. ¿Quien lo impedirá?

ENRIQUE. ¡Yo! (Saliendo por la derecha con espada ceñida.)

FERNANDO. ¡Yo! (Saliendo por el fondo.)

ESCENA XII.

MATEO.—BARONESA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

MATEO. (¡Enrique!)

BARONESA. ¡Dios poderoso!

ENRIQUE. ¡Miserable! ¡Brava hazaña!
Ya veo que tiene España
enemigo valeroso.
Hijo, que en perfidia ciega
á su madre pátria vende
contra ella la lucha enciende
y al enemigo se entrega;
noble, que se hunde en los cienos
y á una dama en forma innoble
falta, ni es hijo, ni es noble,
ni aragonés mucho menos.

MATEO. Con demasiada jactancia

el soldado se presenta;
cuidad que no se arrepienta
de su ligera arrogancia.
Donde menos uno advierte
hay un abismo á sus piés;
cuidado con un traspiés,
que es cuestion de vida ó muerte.

ENRIQUE. ¿Quereis con tal amenaza
que enmudezca? !pobre loco!
si proseguís os coloco
en la boca una mordaza.

MATEO. ¡Basta!

ENRIQUE. No.

BARONESA. ¡Hijo! (Interponiéndose entre ambos.)

MATEO. Vais á ver (Sacando una espada oculta bajo la capa.)
que tambien me sé batir.

ENRIQUE. Pero no sabeis morir,
que es lo que debeis saber.

FERNANDO. ¡Atras!; que si un paso dais, (Sacando una pistola y apuntando á Mateo.)
no dareis mas ¡vive Dios!

MATEO. ¿Quien os dá derecho á vos?

FERNANDO. La perfidia con que obrais:
pensé que esclavo y hambriento
sufríais; vuestra prision
rompí, y en esta mansion
os dí seguro aposento:
y vos pagais la hidalgía
de mi modesta morada
sacando en ella la espada,
y siendo en ella el espía.

MATEO. Si á vuestra casa he venido
y en ella turbé la calma
fué porque siento en el alma
el eco de un alarido,
que á todas horas me grita,
y en todas partes me alcanza,
exclamando !hijo, venganza!
¡tu padre la solicita!

ENRIQUE. Vengar ¿que?

MATEO. En lance siniestro
vuestro padre mató al mio.

ENRIQUE. Sí; pero fué en desafío

provocado por el vuestro, (Fernando se acerca á la ventana y dá un silbido.)

FERNANDO. Vais á ver que si propicio
fuí en vuestro auxilio engañado,
al burlar á un hombre honrado
tiene quiebras el oficio: (Se asoman fondo dos hombres armados.)
que á tronchar los medios viles
de rastrero fingimiento,
prevenido á todo evento,
siempre tengo dos fusiles (Señalando á dos hombres armados.)
Apresadle (A los armados por Mateo.)

MATEO. ¿Como? ¿Ahora?

FERNANDO. ¡Presto! en la antigua estancia
queda á vuestra vigilancia. (Vanse los armados por la derecha con Mateo.)
Tranquilizaos, Señora. (A la Baronesa.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE.—FERNANDO.—BARONESA.

ENRIQUE. Cúmpleme, como deudor
de libertad y hospedaje,
la causa de tanto ultraje
contaros, y vos, Señor,
vereis, por lo que pasó
de mi padre el proceder,
porque yo tengo el deber
de que sepais quien soy yo. (Breve pausa.)
Era el periodo reñido
en que con cruel encono
Felipe V engreido
y el archiduque ofendido
se disputaban el trono.
De uno y otro los secuaces
júránse ódio de tal suerte,
que se buscaban audaces,
y acá y allá contumaces
sembraban espanto y muerte.
En un pueblo de Aragon,
que muchas glorias entraña,
vivía un noble Baron,

y enfrente de su mansion
un Conde de tierra estraña.
Dando á sus impulsos rienda,
hace su orígen distinto,
que el Baron en la contienda
al archiduque defienda
y el Conde á Felipe V.
Segun la lucha crecía
entre el Rey y su adversario,
mas y mas se percibía
el ódio, que sordo hervía
entre el Conde y su contrario.
Un dia al amanecer
de caza el Baron salió,
y nadie llegó á saber
lo que pudo acontecer,
pero el Baron no volvió.
Y aquel dia de quebranto
les dejó, cuando se fué,
en el pueblo duda, espanto
en casa del Baron llanto,
y en la del Conde.... ¡no sé!
Mas pasó un mes y otro mes
y el caso se dió al olvido;
y solo mucho después
contó al pueblo un montañés
el siguiente sucedido.
Pintado por el tomillo
del Pirineo en la hondura
serpea un valle sencillo;
y hay en el valle un castillo
de fantástica figura.
Sus murallas toscas, viejas,
su denegrido matiz,
ventanas con fuertes rejas,
y cipreses á parejas
le dan tétrico cariz.
En su triste torreon
se oculta cárcel insana;
y en el viejo paredon,
que limita la prision,
hay abierta una ventana.

Era una noche de adviento:
la luz de la luna entraba
en el lúgubre aposento,
y en el rudo pavimento
la tosca reja pintaba.
De la prision en un lado
un banco de dura peña;
y en el banco reclinado,
y por las sombras velado,
un viejo, que duerme ó sueña.
En el resto desnudez,
paredes, débil reflejo,
soledad, quietud, mudez,
que solo de vez en vez
turba el suspiro del viejo.
El tiempo se va pasando;
no se oye el mas leve ruido;
la cárcel sigue callando,
la luna sigue alumbrando,
y el viejo sigue dormido.
Suena un golpe de repente;
tiembla el viejo, duda, mira
á donde el ruido se siente,
y con chillido estridente
la pesada puerta gira.
Entrau dos de torba faz
en la desnuda mansion
con cautelosa ansiedad;
miran, y en la oscuridad
ven al viejo en un rincon.
Clavan sus ojos en él;
el viejo inmóvil espera;
un alarido cruel
se oye, y sobre el viejo aquel
se lanzan como una fiera:
Y allá los tres confundidos
entre el corage y la saña,
se agitan entre alaridos
y ¡ayes! y tristes gemidos
que espiran en la montaña.
Ellos con él forcejando,
y el anciano resistiendo,

luchan, hasta que flaqueando
el viejo, los tres rodando
dan en el suelo rugiendo:
Y del grupo, al que fatal,
alumbra el vago claror,
se alza siniestro un puñal,
arranca un grito mortal,
suena un golpe aterrador....
Y ya esfuerzos no se oyeron,
el grupo quedóse yerto,
y los dos hombres huyeron,
y los rayos de luz fueron,
á dar al rostro de un muerto.
Mas tarde, quietud glacial;
la luna, que se ha ocultado;
un muerto; sangre á raudal,
y silencio sepulcral,
como sello á lo pasado.
En esta tragedia es donde
nació el fatal desafío;
que, aunque el tiempo el drama esconde,
el castillo era del Conde,
y el muerto ascendiente mio.

FERNANDO. ¿Y vuestro padre quería
vengar la ofensa en un reto?

ENRIQUE. No: fué el suyo que sabia
que solo el mio tenia
la clave de tal secreto.
Y por borrar tal memoria
de su estirpe, provocó
con asechanza notoria,
ese duelo, cuya historia
ya sabeis como pasó.

ESCENA XIV.

PEDRO.—BARONESA.—FERNANDO.—ENRIQUE.

PEDRO. Señor, por Dios acudid: (Saliendo por el fondo muy agitado.)
somos perdidos: rodean
la casa muchos soldados

de las legiones francesas.

BARONESA. ¡Dios mio!

FERNANDO. Perded cuidado. (*A la Baronesa.*)
Pedro, no seas babieca,
y....

PEDRO. No señor, no: venid
y los vereis ahí muy cerca. (*Mirando por la ventana.*)

FERNANDO. (¡Vive Dios que contratiempo!)

BARONESA. Si, sí: están....

FERNANDO. Son contingencias....

BARONESA. ¡Virgen del Pilar!

FERNANDO. Señora,
no hay que asustarse; esa fuerza
no se acuerda de nosotros;
nada temais.

PEDRO. Así sea,
pero yo aseguro á ustedes
que hace tiempo nos acechan.

ENRIQUE. Eso importa poco; somos
dueños del fuerte; que vengan:
veremos á ver quien sube.

FERNANDO. Así me gusta.

PEDRO. Hora y media
hace que andaban rondando
mas allá, por las afueras:
yo no las tenia todas
conmigo, y en mi sospecha
les he estado acechando
oculto allá en la arboleda;
y hablaban mirando aquí,
y mostraban impaciencia,
y luego se aproximaron,
y eché á correr, y la puerta
cerré; mas no es esto todo.

FERNANDO. Concluye.

PEDRO. Desde la senda,
se oye fuego de cañon;
y mucho.

FERNANDO. ¡Diós nos proteja!
eso es que nuestros soldados
se echan encima; á esta fecha
quizás el combate.... ¡Pedro!

á tu puesto; y hoy no entra
en casa ya nadie mas
que Tomás y los que vengan
con él... ¡vete! Y vos, señora, (A la Baronesa.)
descansad; que hoy es completa
la victoria; no dudeis
del éxito.

ENRIQUE. (A la Baronesa.) Nada temas
que ya estamos reunidos. (Abrazándola.)

BARONESA. Tienes razon; que suceda
lo que quiera, yo á tu lado
soy feliz.

FERNANDO. De la refriega
quizás heridos nos traigan:
hay que estar pues ojo alerta. (Dirigiéndose á la puerta fondo.)

ESCENA XV.

MATEO.—BARONESA. ENRIQUE.—FERNANDO.

MATEO. En nombre del Rey José, (Saliendo con los armados por la derecha.)
todos presos.

BARONESA. ¡Dios bendito!

ENRIQUE. !Villano!

FERNANDO. ¡Infame!

BARONESA. ¿Por qué?

MATEO. Bajad la voz un poquito. (Con sarcasmo.)

ENRIQUE. ¡Vive Dios! que no soporto
provocaciones cobardes.

MATEO. He de ataros yo mas corto
y no hareis tales alardes.

ENRIQUE. ¿Un traidor á mí? Si dais....

MATEO. Mirad mucho lo qne haceis,
que por lo visto ignorais
el peligro que correis.
Contra mis amaños viles
vos viviais prevenidos,
teniendo un par de fusiles
tras esa puerta escondidos: (Señalando la puerta del fondo.)
mas como la suerte pasa,
contra vuestras precauciones

á la puerta de esta casa
tengo yo treinta dragones.

FERNANDO. (¡Traicion!)

BARONESA. ¡Que perversidad!

MATEO. Con un lance tan funesto
no contabais ¿no es verdad?

FERNANDO. Ni vos contabais con esto. (Cierra la puerta fondo y coloca allí á los armados.)

MATEO. ¡Vano ardid! ¿Cerrais la puerta
por cortarme la salida?
¡siempre la tienen abierta
las gentes de mi partida!
Á una señal mia están
en aquesta habitacion.

FERNANDO. ¡No importa! si tiempo dan
de abriros el corazon.
Esa señal de traidor
para vos la muerte augura:
dadla, si teneis valor
de abriros la sepultura.

BARONESA. ¡Hijo! (Llora.)

ENRIQUE. ¡Madre! ¡No lloreis!

FERNANDO. Esta casa es previsora,
y mientras en ella esteis
estais segura, señora.

(Se oyen fuertes golpes: la Baronesa se agarra á Enrique y le lleva á la derecha; Fernando con la llave en la mano derecha y la pistola en la izquierda vá al fondo. Mateo permanece inmóvil.)

ESCENA XVI.

BARONESA.—FERNANDO.—MATEO.—ENRIQUE,
luego PEDRO.—TOMÁS.

BARONESA. ¡Dios mio!

FERNANDO. ¡Ellos son!

MATEO. ¡No son!

FERNANDO. Doblegad esa rodilla:
que quien al morir se humilla
tal vez alcanza perdon.

BARONESA. Pensad, D. Fernando....

FERNANDO. Pienso

que ese vil os delató.
Preparaos. (A Mateo apuntándole con la pistola.)

ENRIQUE. Eso no (Interponiéndose entre ambos.)
que el traidor está indefenso.
Revocad vuestra sentencia:
castíguele su amargura;
que Dios ya le dá tortura
solo con darle conciencia.

FERNANDO. Noble sois é indigno él
de esa nobleza;

ENRIQUE. No tal:
el alma del criminal
nunca gusta mas que hiel.

FERNANDO. Es verdad; teneis razon: (A la Baronesa y Enrique.)
Tomad, señora, esta llave,
que voy á daros la clave
para vuestra salvacion.
Por esa puerta bajad (Señalando á la derecha, primer término.)
hasta el mismo piso llano;
hallareis otra á la mano;
la abrireis y continuad:
seguid un pasillo estrecho,
subterráneo y alumbrado;
y al final habrá un criado,
que hasta la ciudad derecho,
os conducirá.

ENRIQUE. ¡Imposible!
si vos nos habeis salvado,
en este trance apurado
dejaros fuera punible.

FERNANDO. Riesgo el estar aquí fuera:

ENRIQUE. Tambien para vos lo es:
lo correremos los tres
y Dios haga lo que quiera. (Se oyen fuertes golpes en el fondo.)

BARONESA. ¡Ahí están! ¡Llaman!

ENRIQUE. ¡Extraña
peripecia!

TOMÁS. (Desde dentro.) ¡Abrid, abrid!

FERNANDO. ¡Tomás! ¿Que sucede? (Abriendo la puerta del fondo.)

TOMÁS. Oid: (Entrando con Pedro por el fondo.)
Albricias, y ¡viva España!

PEDRO. Señor, aquellos dragones

huyen echando venablos,
dados á todos los diablos
á buscar sus escuadrones.

MATEO. ¡Maldicion!

BARONESA. ¡Dios de bondad!

FERNANDO. ¿Que hay?

TOMÁS. ¡Que el yugo se deshace;
y hoy para la pátria nace
el sol de la libertad!
Del intruso el campamento.
ébrio en su pasada gloria,
á las puertas de Vitoria
tomaba rigor y aliento;
y cañones y corceles
revistando, en sus amaños
soñaba nuevos engaños
por ceñir nuevos laureles;
cuando llegó de repente,
y como tigre á su presa,
sobre la legion francesa
se abalanzó nuestra gente.
El choque ha sido horroroso;
la resistencia tenaz,
y anhelante la ansiedad,
por el éxito dudoso:
que viendo el francés caudillo
inexpugnable trinchera
del Zadorra en la ribera,
sus puentes trocó en castillo;
y en ellos, por fondo y cima,
en soberbio espumarajo,
van rios de agua debajo,
y rios de sangre encima.
Mas ¿que importa? nuestra gente
arremete con tal brio,
parte traspasando el rio,
parte traspasando el puente,
que al enemigo embistiendo,
lo arrolla, hiere, maltrata,
á unos coge, y á otros mata,
y á los que huyen persiguiendo
deshace sus pelotones,

y arroja en bélico anhelo,
sus águilas por el suelo,
por el rio sus pendones.
Los franceses, que se extienden,
en revuelta confusion,
corren á la poblacion,
por ver si allí se defienden;
mas Wellington, que lo nota,
llega al par que ellos adentro,
saliéndoles al encuentro,
por darles otra derrota;
y allá otra vez destrozados,
dejando armas, oro, y tiendas,
ginetes á todas riendas,
é infantes diseminados,
huyen cual tímida grey,
á cruzar el Pirineo,
con el terror por trofeo,
y la humillación por ley.

FERNANDO. ¿Y la prision?

TOMÁS. Descansad:
rotos los grillos y yugos,
y espantados los verdugos,
todos tienen libertad.

FERNANDO. ¡Bravo Tomás! Dios bendice
nuestro afan en demasía,
y pues hoy la pátria mia
rescata tanto infelice;
y Dios, como galardon,
á las puertas de Vitoria,
á España dá una victoria,
y á la Francia una leccion;
En aras del pátrio anhelo
llevemos al campo aquel,
al vencedor un laurel,
á los heridos consuelo.

ENRIQUE. Decis bien: cuando hay hermanos
nuestros, heridos allí
vilmente por los tiranos,
fuéramos harto inhumanos
al permanecer aquí.
Allí hay glorias que cantar,

vencedores que aplaudir,
victorias que celebrar,
heridos á quien curar,
desnudos á quien vestir.
Aun de la pólvora humea
el enardecido ambiente;
aun roja sangre gotea,
y aun cual eco de pelea,
el rudo fragor se siente.
Corramos pues sin demóra,
al teatro de las lides;
adonde el intruso llora,
y se alza la bella aurora,
de la pátria de los Cides.

BARONESA. ¡Bendita la Providencia!
ENRIQUE. ¡Honor á los vencedores!
PEDRO. Y ¡que mueran los traidores! (Señalando á Mateo.)
BARONESA. No; yo pido su indulgencia.
PEDRO. Es muy malo.
FERNANDO. Tu á callar:
te tocará hablar mas tarde:
aprende á no ser cobarde,
y entonces podrás hablar.
Y vos, aprended en esto (A Mateo.)
que, aunque el hombre es quien propone,
solo Dios es quien dispone,
y contra vos ha dispuesto.
Él, en Gólgota, al morir,
nos enseñó á perdonar:
hoy pues os debo salvar,
si su ejemplo he de seguir.
MATEO. ¡Imposible!
FERNANDO. No temais
iré con vos.
MATEO. ¡Es quimera!
FERNANDO. Os dejaré en la frontera
y salvo en Francia quedais.
ENRIQUE. Sois caballero cumplido.
FERNANDO. Nunca que rie un cristiano
debe de llorar su hermano,
y menos si es el vencido.
Que el perdon de las traiciones

sea el fin de esta campaña;
y que sepan las naciones,
que en la lid SOMOS LEONES
y al vencer HIJOS DE ESPAÑA. (Todos se dirigen al fondo mientras cae el telon.)

(TELON.)

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cuadro cristalográfico.—Lámina de cartulina, gran tamaño, con cincuenta y ocho figuras, en cuatro colores, para el estudio de los sistemas cristalinos; **8** reales ejemplar.

Nociones de Historia Natural, (1) expuestas en cuadros sinópticos; un tomo en 4.° de 181 cuadros, **30** reales id.

Apuntes de Fisiología humana. (2) Obra utilísima en la Segunda Enseñanza, y Escuelas de Practicantes, y para repaso en los Colegios de Medicina; un tomo en 4.° de 280 páginas y con variedad de grabados, **25** reales id.

Apuntes de Fisiología é Higiene, expuestos en cuadros sinópticos; un tomo en 4.° de 33 cuadros, **10** reales id.

¡A Belen! (letra de).—Villancicos para canto y piano; edición de lujo. Composición fácil y adecuada para cantarla en colegios, reuniones familiares, etc.; **6** reales id.

Ensayos poéticos.—Colección de poesías morales; un tomito en 8.° de 112 páginas; **3** reales id.

Cuadros infantiles.—Colección de cuentos morales; un tomo en 8.° de 208 páginas, **4** reales en rústica y **5** encuadernado.

Cantos del corazon.—Colección de poesías morales; un tomito en 8.° de 126 páginas, **4** reales en rústica y **5** encuadernado.

Todas se hallan de venta en la librería de Cecilio Gasca, plaza de La Seo, 2, Zaragoza.

(1) Esta obra ha sido declarada útil para la enseñanza, y de mérito para ascenso en su carrera al autor, prévio informe del Real Consejo de Instrucción pública, en Real órden de 24 de Febrero de 1884.

(2) Obra aprobada por el Real Consejo de Instrucción pública en 26 de Febrero de 1885.